

# Cambio climático

J. P. Valverde





# Capítulo 1

Para el ingeniero Nuño, jefe del distrito forestal de Nava, las evidencias del cambio climático eran abrumadoras. Durante el pasado otoño no había caído una gota de agua hasta finales de noviembre. Luego vino una ola de frío, que dejó nieve en las cumbres de la Sierra y temperaturas bajo cero en las capitales de la Meseta. Siguieron dos, tres, cuatro semanas en las que no hacía frío ni calor, y alternaban nubes y claros. Lo cierto era que, para desesperación de los labradores, un potente anticiclón había asentado sus cuarteles de invierno en el sediento sur de Europa. Las estaciones de esquí reclamaban la declaración de zona catastrófica. Nunca como entonces habían sido tan ridículas las postales de Papá Noel con su parafernalia de renos, abetos y risas bobaliconas.

Los lugareños de Nava no echaban de menos la nieve. Si el clima se calentaba, como auguraban los sabios, tanto mejor. Los viejos recordaban inviernos de aislamiento y desamparo. Los pocos jóvenes que aún no habían abandonado el pueblo se dedicaban a la construcción, y a ellos les beneficiaba aquella bonanza.

Nava está a 1120 metros de altura, en un páramo que linda al sur con las sierras del Sistema Central y al norte se amansa y se vuelve tierra de campos. Es país de matorrales, pinos silvestres y buenos pastos para el ganado.

El gobierno estaba empeñado en declarar Parque Natural un sector de aquellas montañas.

Los ecologistas desconfiaban de las intenciones del gobierno y pedían más territorio protegido y más medidas efectivas de protección. Los paisanos desconfiaban asimismo de las intenciones del gobierno, aunque esta suspicacia no cuajara en protestas o reivindicaciones, porque tras tantos años de abandono sentían una indiferencia rayana con el desprecio por la suerte de su tierra.

El ingeniero Nuño recorría los pueblos de la zona tratando de convencer a unos y otros.

Llegó a Nava y la vio desierta. El alcalde había ido a hacerse una revisión al hospital provincial, situado en la capital de la provincia, a 65 kilómetros de distancia por carreteras comarcales sinuosas, solitarias y maltrechas. Se hallaba el pueblo huérfano de edil, y el único bar permanecía cerrado hasta el mediodía porque el propietario lo era también de unas huertas y colmenas que requerían sus atenciones tanto o más que sus ociosos parroquianos.

Al ingeniero Nuño le había llevado a Nava un objetivo concreto: indagar por un caserón ruinoso, que había sido antiguo rancho de esquileo y que tenía todas las papeletas para convertirse en sede del futuro centro de interpretación de la naturaleza.

Una vieja fisgona, que merodeaba por la plaza ávida de novedades, encaminó al forastero hacia la parte alta del pueblo.

–Es donde la Era Cimera –dijo–. Pero si busca a los dueños, ya le digo yo que no los va a encontrar.

–Solo quería ver la casa.

–No hay mucho que ver, la verdad.

El ingeniero Nuño quiso, no obstante, comprobarlo él mismo. Para pasmo de la lugareña, no le parecieron mal las desvencijadas paredes, la techumbre desmoronada ni las zarzas que crecían selváticas en el jardín.

–¿Quiénes son los propietarios? ¿Cómo podría contactar con ellos?

La mujer sonrió benevolente. Zarandeaba la toquilla con que había salido de casa para resguardarse del fresco.

–Huy, va a ser difícil... ¿No le dije antes? La que le cae más a mano es la Feli, que está en Madrid, casada con uno que tiene una panadería. Los siguientes, Chuche y la Milagritos, están en Canarias, donde se vive muy bien, porque dicen que siempre es primavera. Y si no le vale con estos, tendrá que irse a la Argentina para hablar con el mayor de todos, que aquí le llamamos Carlitos desde que era un crío. De todas las maneras –concluyó la mujer– la casa no vale un duro.

La señora se despidió del forastero, no sin antes recomendarle que hablara con un individuo que se estaba al sol donde el caño de la plaza. “Es Vicente, el Aparecido” –dijo señalándolo con el pico de la toquilla–. “Lo llamamos así porque durante la guerra escribió una carta a su novia en la que decía: *Me han matado. No me esperes. Búscate a otro que te quiera.* Entonces su novia se casó con el hermano de Vicente. Dos años después, al terminar la guerra, Vicente volvió al pueblo. Le habían pegado un tiro pero no se había muerto del todo, como él pensaba. Solamente había perdido una pierna y parte del juicio. Esto último fue lo peor. Que volvió muy raro. De todos modos, él sabe mejor que nadie de quién es cada prado y dónde están las lindes y todas las historias que se cuentan de aquí”.

El ingeniero fue a saludar al Aparecido.

-Buenos días, don Vicente.

-Buenos días...

-Nuño, llámeme Nuño.

El ingeniero le ofreció un cigarrillo, que el Aparecido no dudó en aceptar, pese a que el médico le había prohibido el tabaco. "Y el alcohol" -añadió, sonriéndose y brindando al cielo el humo de la primera calada-. "De las mujeres, en cambio, no dijo nada. Claro, ¿qué peligro tiene un viejo mutilado de guerra?"

Nuño le explicó que buscaba casas antiguas.

-Pues no tendrá que matarse a buscar. En estos pueblos todas las casas son antiguas.

-Aquí se conserva muy bien la arquitectura tradicional.

-Aquí se conservan muy bien las ruinas.

-No le veo a usted muy optimista, don Vicente. Precisamente ahora que les van a declarar Parque Natural...

El Aparecido había oído hablar del Parque Natural. Él, por supuesto, estaba en contra. No quería que vinieran los ecologistas de la ciudad a soltar lobos y enseñarles a los paisanos cómo debían cuidar la tierra. Detrás del parque natural solo veía conspiraciones políticas. Los políticos tenían la culpa de todo, incluso de la sequía.

El ingeniero Nuño cambió de tema.

-Ahora quiero subir al puerto del Piornal. Dicen que hay vistas muy bonitas.

-Sí señor, cuando el tiempo está sereno.

-Entonces hoy es un buen día.

-No se fíe, don Nuño.

-Adiós, don Vicente.

Mientras conducía el todoterreno de la Agencia de Medio Ambiente en dirección al puerto, el ingeniero Nuño recordaba algunos de los refranes que el Aparecido le había dicho para prevenirle de las traiciones del clima de la Sierra: *Febrerillo el loco, un día peor que otro y Febrero al revés que enero*, así que a *Buen enero, mal febrero*. También se dice: *Febrero, cara*

*de perro, el más corto mes y el menos cortés y Para febrero guarda leña en tu leñero. Mes, en fin, embustero, aunque quién lo diría: el termómetro del coche marcaba una temperatura de once grados. No había rastro de nieve, ni siquiera en las cotas superiores.*

En cuanto a la carretera, parecía un camino de herradura asfaltado: tan poco transitada era y tan agreste el territorio que atravesaba.

En un puente se cruzó con una mujer que bajaba a toda prisa con un rebaño de ovejas y una jauría de mastines. El ingeniero Nuño le preguntó si iba en la dirección correcta hacia el puerto de Piornal.

–Sí señor, va bien encaminado pero mal aconsejado.

–¿Cómo dice?

–Que siga todo derecho, siempre hacia arriba, y si tiene que pasar el puerto, hágalo cuanto antes, porque no tardará en cerrarse.

La mujer gritaba para hacerse oír por encima del ladrido de los perros. El ingeniero Nuño se despidió con una sonrisa incrédula. ¿No sería toda aquella sarta de majaderías una confabulación de aldeanos que lo habían identificado como agente del gobierno y se empeñaban en sabotear sus gestiones?

Otra idea le vino en mente: si la sequía persistía y el anunciado cambio climático se aceleraba, pronto no quedaría nada que proteger en aquellas montañas, cuyos bosques se degradarían y transformarían en yermos. Bastaba ver las torrenteras sin un hilo de agua, la hierba pajiza, los colores mustios de un invierno sin nieves.

En un tramo de curvas peligrosas, le sorprendió una manada de caballos que trotaba por medio de la carretera. Cuando un trecho más adelante se encontró con otro todoterreno que circulaba en sentido contrario, le advirtió con una ráfaga de luces de la presencia de animales en la calzada. Pero el coche descendía a una velocidad excesiva y el conductor no prestó atención al aviso.

Estaba a punto de coronar el puerto. Conectó la radio para escuchar la previsión del tiempo.

Si había riesgo de nevada, el frente frío no pasaría desapercibido a los satélites meteorológicos. Sin embargo, como él suponía, el tema del mes era la persistencia de un anticiclón que desviaba las borrascas hacia latitudes más septentrionales.

Un cartel señalaba los 1750 metros de altitud. A partir de ahí la carretera

empezaba a bajar hacia la otra vertiente.

En aquellos parajes crecían arbustos y abedules enanos, que el viento mantenía en un estado de perpetua humillación. Cerraban el circo glacial unos espectaculares riscos de granito, entre cuyos filos el ingeniero Nuño observó unos nubarrones de los que no se había percatado hasta entonces.

Se trataba de la zona cero del futuro parque, donde estaba prevista la declaración de reserva integral. Allí, en los cantiles, anidaba una colonia de quebrantahuesos y malvivía la cabra montés.

El ingeniero se entretuvo haciendo algunas fotografías para el informe técnico. Cerca de los dos mil metros, el cielo alentaba como una criatura viva: se agitaba, resollaba inquieto, se oscurecía, volvía a resplandecer... Al atardecer, un frío repentino entumeció los dedos de las manos del diligente ingeniero.

Arreció la ventisca y la niebla cubrió las altiplanicies peladas y los abismos de vértigo. Se imponía la retirada, volver al lugar donde estaba aparcado el coche y descender a toda prisa al valle. Pero, cuando quiso desandar lo andado, habiendo perdido todos los puntos de referencia, el ingeniero no supo qué rumbo tomar... Recorrió un buen trecho a ciegas... Donde pensaba que hallaría la carretera, halló un barranco que le obligó a retroceder hasta el punto de partida anterior... o quizá no... otro lugar distinto: se había extraviado.

El Aparecido se retiró a casa hacia las ocho y media, tras la habitual partida de dominó en el bar. Cuando llegó a casa, la cena estaba lista; puestas también la mesa y la televisión. Su mujer lo esperaba viendo las noticias y observando de reojo cómo se sacudía la nieve en el pasillo de la entrada.

–¡Cómo lo has puesto todo! –se quejó–. ¿Para eso me molesto yo en fregar el suelo de la asa?

–¿Qué quieres que haga, mujer? Ha empezado a nevar de repente.

–Tú has vuelto a beber.

–Si he bebido o no, es asunto mío. ¿Qué hay de cena?

La mujer le sirvió la sopa y un vaso de vino.

–El pueblo está lleno de guardias –dijo el Aparecido mirando la televisión.

La televisión emitía imágenes de una batalla campal entre manifestantes y

policías.

–¿Qué ha pasado?

–Aquí, en el pueblo, nada. Buscan a un hombre en el puerto.

–¿Qué ha hecho?

–Perderse en la nieve.

–¡Qué horror! Mira cómo nieva –se estremeció la mujer.

Ahora en la televisión mostraban un reportaje de carreteras cortadas, pueblos sepultados y políticos que pedían calma.

Después de cenar, el Aparecido se durmió al calor de la lumbre. Soñó con un soldado que huía de la batalla, malherido, dejando un rastro de sangre en la nieve. Hacia medianoche, la mujer lo despertó para que se acostara en la cama. La ventisca no había amainado y se la oía resoplar y agitar las ramas de los árboles en la huerta.

El pueblo amaneció blanco, como en los inviernos de antes, según contaban los viejos. Los guardias y los periodistas habían tomado el bar. La mujer se enteró de la noticia en la tienda. El Aparecido acudió a informarse de los detalles del hallazgo: dónde y en qué circunstancias había sido localizado el cadáver.

Supo así que, tras sufrir una caída en un precipicio, el ingeniero se extravió y continuó su errática marcha en medio del temporal. Un rastro de sangre en la nieve alertó a los grupos de rescate, que encontraron el cuerpo sin vida a unos doscientos metros de la carretera y del lugar donde estaba estacionado el coche.

En la taberna, un corro de ociosos discutía sobre el cambio climático.

–La gente de ahora no sabe lo que es el frío –decía un viejo alcoholizado, que había sido trabajador del ferrocarril.

No, no saben, asintió el Aparecido mientras apuraba una copa de aguardiente. Él sí había conocido inviernos peores, la guerra, el hambre, la invalidez... y aún seguía ahí. Debía ser un bicho malo, uno de esos bichos malos que nunca mueren.